





ANTONIO GIL nació en la viña El Rincón, a orillas de Santiago, en 1954. Estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino y en la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía *Los lugares habidos* (1982), *Cancha rayada* (1985) y *Mocha Dick* (2006). Escribe semanalmente en algunos medios de prensa chilenos.

Su obra novelística comenzó con *Hijo de mí* (1994), *Cosa mentale* (1996) y *Mezquina memoria* (1999), reunidos en nuestro volumen *Tres pasos en la oscuridad*. Luego siguió con *Las playas del otro mundo* (2004), *Cielo de serpientes* (2008), *Carne y Jacintos* (2010), *Retrato del diablo* (2012), *Apache* (2014), *Misa de batalla* (2016), *Tierra cruda* (2018), *Tríptico del Secano* (2021) y *Cuento chino* (2022), todos en Sangría Editora. También ha publicado los cuentos *Circo de pulgas* (2003) y *Cabo frío* (2014, en nuestra serie Instantánea relación).



CUENTO CHINO

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 24

ANTONIO GIL

CUENTO CHINO



SANGRÍA

© Antonio Gil Íñiguez
International Standard Book Number: 978-956-6160-03-8

© Derechos para esta edición:
2022, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que —con su debida coherencia y fundamentos— la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Mónica-Ramón Ríos, Camila Soto Illanes y Martín Centeno
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta primera edición digital se terminó de imprimir en noviembre de 2022 en Imprenta Feyser.
Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

El borrador de los sueños.....	13
Romance de los tres reinos.....	17
Cincelado de dragones.....	23
Sueño en el pabellón rojo.....	27
Memorias de una roca.....	29
Preguntas y respuestas.....	37
Tara.....	40
A la orilla del agua.....	45
Teatro de sombras.....	49
El demonio de los huesos blancos.....	55
Los duraznos de la inmortalidad.....	65
Bandidos del pantano.....	71
Yin.....	77
El glorioso batallón Vulcano.....	85
Loto Dorado.....	89
El rollo de bambú.....	97
La creación del Universo.....	101
Hija de los deleites.....	107

Apúrate lentamente.....	109
Malleus Maleficarum.....	119
Bestias.....	123
Tosca (epílogo).....	127





El borrador de los sueños

Y al final os da miedo la sangre, cada vez más. La sangre y el tiempo.

Paul Valéry

Las dos líneas de tinta que sirven de ojos a Leo Shin vienen leyendo, igual que ideogramas, estos paisajes montañosos con sus caseríos, sus dehesas y sus majuelos con parrales de racimos amarillos.

Han de estar ya muertos todos los cabreros que bajaron al valle con quesos envueltos en hojas de higuera aquel mediodía de procesión bajo los ojos almendrados del Santo. Y el que tocaba el flautín y el que aporreaba los timbales.

Recuerdo viejo.

El tren sube jadeando. Trepa y atraviesa los puentes de hierro y piedra canteada. Da tres pitadas largas en los cruces troperos. Y sube.

Dragón de vapor en los picachos.

Las Vertientes, El Manzano, los cerros salpicados de nieve sucia.

El carbón de la locomotora y la leña apilada y las pacas de lana confunden sus tufos en un remolino que sigue el curso del río nevado.

Leo Shin se pone los guantes. Todos los antepasados están atrás, perdidos y lejanos en las caprichosas movidas del tiempo, impredecibles siempre como los cambios de la suerte en una partida de weiqi. Pero viajan con él, en esa sangre suya que también es luz y que los riega y humedece, eternizándolos.

Piensa. Ha pasado el tiempo, Leo Shin. Tan rápido como en esta ventanilla el ayer se viene tragando al ahora. Gluc, gluc.

El mañana, el ayer, el mañana, el ayer. Trac. Trac. Trac. Un tren dando cabezadas y tarascones al vacío.

Cae la noche y de las regiones negras llegan ululares de búhos, graznidos misteriosos, llanto de mujeres perdidas.

En el villorrio de El Volcán estará el doctor Gao Wang. Él, adusto, le tomará el pulso, mirará el color de su lengua, olerá su piel, observará sus pupilas. Quizá mire al trasluz su orina puesta en un vaso. Ceño fruncido, con aquel gesto suyo de tasador de topacios. Tal vez.

El tren infatigable bufa, huyendo de las tinieblas a las tinieblas con resignada persistencia.

La escritura dice: en el principio solo existía el Caos.
El Cielo y la Tierra formaban una masa confusa en

la que el todo y la nada se entremezclaban como la suciedad en el agua. Por doquier reinaba una espesa niebla que jamás logró ver ojo humano y a la que Pan Ku consiguió dispersar con su portentosa fuerza. Lo puro quedó entonces separado de lo impuro y apareció la suprema bondad, que esparce sus bendiciones sobre toda criatura. Su mundo es el de la luz. Quien a él se acerca descubre el camino que conduce al reino del bien.

Es el inicio de *Viaje al Oeste*, anónimo del siglo XVI y libro favorito de los niños chinos de todos los tiempos. La lectura que siempre quieren escuchar antes de dormir.

¿En El Volcán estará la cura para este temblor, para este frío, para este dolor punzando en lo más recóndito del cuerpo, hiriendo como una espina de pez palo?

Todos nosotros vivimos en el territorio
de los cien Yüeh
donde los habitantes tatúan sus cuerpos
y es complicado recibir mensajes.

Así recordó Leo Shin antes de dormirse un fragmento de Liu Tsung Yüan mientras arriba, entre los rápidos del río celeste, comenzaba a brillar la Estrella del Vino.



Romance de los Tres Reinos

*El imperio, largo tiempo dividido,
debe unirse; largo tiempo unido,
debe dividirse. Así fue.*

Romance de los Tres Reinos

—Vírgenes de fierro. La travesía entre Cantón y El Callao demora más que la segunda venida de Cristo —farfulló el cura Cuéllar, apoyándose con desgano en el palo de trinquete.

Ciento veinticinco días por esta salazón, asfixiado de canacas y culíes bastan para ahuevar al más zumbón del barrio de Malambo, lo que ya es decir.

—O en el de Lumbanga —le respondió el capitán Quispe, mirando hacia la nada—. Y eso, señor cura, que usted lo ha navegado solo una vez. Lo que es yo, presbítero, llevo perdida la cuenta.

Del hedor no hablaremos, porque eso ya lo podrá imaginar cualquiera. El Marilú singla a cabezadas entre Macao y la buscona que lo parió, echando un chorro negro de carbón de tercera por la chimenea mohosa.

—Ya están todos estos paganos en el infierno —sentenció el capitán.

Pero en eso el hombre de mar, frente al fraile de Roma, metía quilla en la escollera.

—Eso del infierno vendrá después de la muerte. Después de la muerte. Después de la muerte —repitió el cura con un sonsonete parpadeante y escalofriado.

Lo que ninguno de los dos sabía es que a medio acomodar en el pasillo veintiséis venía Leo Shin.

Sí, el mismo hombre al que nos encontraremos dormitando, treinta años y monedas más tarde, en un tren de montaña que trepa zigzagueando por los cordones andinos.

A bordo del Marilú, poco más que lo puesto.

La pipa de bronce y bambú.

La caja de laca guardando el chandoo, ya saben, ese opio negro mezclado con algo de picadura Virginia. La lamparilla alimentada con aceite de coco. La aguja de platino. Suntuosidades que solo puede imaginar quien está familiarizado con las argucias del hada negra, llena como viene de caprichos y veleidades.

Sigamos.

Se ha contado, por siglos y siglos, que el Rey Mono Sun Wukong nació de una piedra mágica que venía del caos. Eso no se entiende muy bien, pero aparentemente los chinos no necesitan entenderlo todo como los occidentales.

La historia viene así y con eso basta.

Sun Wokong se unió cuando era muy joven a un clan de simios y demostró gran coraje al arrojar se por una cascada, lo cual le permitió encontrar, en un golpe de azar, tras la rugiente caída de agua un nuevo reino para el clan de los monos.

Por esta proeza éstos lo coronaron como su rey.

Consciente de que era mortal y un mal día moriría, decidió partir en busca de los duraznos de la inmortalidad vistiendo ropas humanas.

Leo Shin siempre se identificó con el rey Mono. Nunca sintió que el vestir, del modo que fuese, llegara a ser algo más que un disfraz y una impostura. Se burlaron en Lima cuando se hizo retratar vestido de mandarín. Él, un simple culí. Pero, ¿no se había ganado acaso y con creces esa invertebrada dignidad de mandarín, o al menos la de vestirse como le saliera del buche?

Mucho más era Leo Shin. Y todos lo sabían. O se enterarían muy pronto.

Tras la estela que deja El Marilú quedan unos temas que no viene al caso tocar aquí. Y un cerro de pagarés por deudas de juego suficientes como para empapelar la gran muralla, sobrando alguno que otro para los muros del Salón de la Gloria Literaria del Palacio Imperial.

Ya tendremos tiempo en este manuscrito de enterarnos de la suerte corrida por el cantonés en este paisaje

nevado de mierda de alcatraces. Pero ya se sabe que agua pasada no mueve molinos. El ayer quedará atrás, tal cual lo es para nuestro hombre: un dato oscuro, insustancial, innecesario.

Por ahora la mar, ese cementerio de espumas ondulantes, ya mostraba a lo lejos y entre brumas una de las lápidas más presumidas en este cuadrante del Pacífico, la isla Floreana en ese mítico archipiélago de las Galápagos. Islas magmáticas, escenográficas, entre una luz de purpurina. A ratos resulta excesiva la teatralidad del mundo. Qué diablos.

Y en esa tramoya, en ese tinglado, un culí llamado Leo Shin, quien, tras llegar de China a Perú, engañado y esclavizado, logra comprar su libertad y por arte de birlibirloque se convierte en Quintín Quintana. Luego se vuelve rico. Tanto como puede serlo un oriental en Ica. Y cuando en 1879 las tropas chilenas entran a Lima, se pone al servicio de Patricio Lynch, quien le entrega el mando de un batallón de chinos espías, zapadores y saboteadores llamado Vulcano. Concluida la guerra, Leo Shin, Quintín Quintana o como les salga de las narices mentarlo, embarcará en el transporte Amazonas rumbo a Chile, donde termina siendo agente, detective, de la Oficina Municipal de Pesquisas. ¿Verdad que a veces puede ser novelesca y a ratos poco convincente la biografía de un hombre?

En el hospital del Salvador, en Santiago de Chile, el doctor Carrión se acerca a la cama donde desde hace horas yace inerte el hombre de aspecto asiático. Mira sus pupilas y le palpa el pulso. Es el dos de diciembre de 1899. Y son las dos en punto de la tarde. Nadie sabe quién es.



Cincelado de dragones

El comienzo contiene ya oculto el final
Martin Heidegger

Hojeando la edición del 5 de marzo del *Illustrated Times* de Londres en la terraza de invierno del antiguo Hotel Plaza de la calle Santa Apolonia de Lima y tomando café fuerte, un distraído lector se encontró sin previo aviso con el siguiente relato:

Quien escribe esta crónica visitó hace poco tiempo las Islas Chinas [así nombra el cronista lo que imaginamos serán las islas Chinchas]. El trabajo de excavación de guano lo hacían los chinos y había entre 250 a 300 embarcaciones cargando. Algunos han dicho que habría guano sólo para 8 o 10 años si se hacían extracciones en tal cantidad como se estaba efectuando entonces. Sin embargo, en un artículo titulado «Guano Diggers», en *Household Worlds*, de 1853, se estimaba que había 250 millones de toneladas en las islas de Chincha y que tomaría 180 años limpiarlas. El valor de los depósitos estaba estimado en 1250 millones de libras esterlinas.

Testigos oculares pintaron un sombrío cuadro de la suerte que corrían los culíes empleados en las islas de guano. Unos 60 obreros chinos consiguieron burlar la vigilancia de sus guardianes y se suicidaron sobre las rocas. Dos docenas de azotes [a los chinos] los dejaban sin respiración y, cuando los soltaban, después de dar unos pasos vacilantes, caían al suelo. Eran llevados al hospital y las más de las veces, si se recuperaban, se suicidaban.

Con un gesto de desagrado el hombre levantó la vista de su lectura.

Era la hora en que las calles hervían. Muchedumbres en el mercado. Amas de casa rumbo a la pescadería. Tintineo de cobre sordo en los monederos bordados con flores de capulí.

El lector sentado en la terraza del hotel, hombre nervudo y crispado, nos imaginamos sin mucho temor a equivocarnos, es Pedro Denegri, quien según afirman todos contrató a Giuseppe Garibaldi durante la permanencia de éste en el Perú para que iniciara el tráfico de carne amarilla. Era un verdadero hijo de mil putas el italiano ese que se inventó el Rito de Menfis Misraim. Un carajo de jornada completa.

Los porfiados hechos señalan que el 5 de octubre de 1851, a bordo del buque inglés Bolivia, atracó Garibaldi

en el puerto del Callao, según testimonio ocular de Francisco Dabadie, profesor de idiomas y residente por esos años en la ciudad de los birretes. Dicen quienes le atisbaron que era Dabadie hombre celoso de su vida privada.

El 10 de octubre de 1851, en el Hotel France e Inglaterra y no en el viejo hotel Maury como alguien por ahí aseguró, fue que el gran hierofante Garibaldi, el famoso italiano de la camisa roja, junto a su amigo fraterno Carpaneto suscribió un contrato con el ya mentado Denegri para efectuar un viaje a China.

Veinte días después zarpó al puerto de Chíncha el navío Carmen, de trescientas cuarenta y seis toneladas, al mando de Garibaldi.

El 9 de noviembre llegó al puerto de Pisco. A las 9 de la noche.

El día 10, Garibaldi desembarcó para pagar el derecho de embarque de guano, llegando a la isla de Chíncha el día 11. Con el cargamento partió para el Callao el 21 de noviembre, donde llegó el 2 de noviembre de 1851.

Entendemos que toda esta bitácora de fechas y horas de zarpes son un auténtico coñazo para el lector. Pero ayudan a parar aquí el andamiaje mínimo que necesitamos para que el tiempo, que todo lo destruye, nos muestre una brizna de respeto. Al fin y al cabo estamos relatando sucesos que ocurrieron, cosas que pasaron alguna vez sobre la Tierra, y lo hacemos con el máximo rigor posible.

El 10 de enero de 1852, con su carga completa, zarpó la embarcación con destino a Cantón y Manila. Y regresó de China con un cargamento de culíes para las haciendas el 28 de enero de 1853. Luego Pedro Denegri contrató al italiano Luis Camagli para continuar el negocio.

Así pues con nuestro paladín de la libertad en Italia y de todas las libertades imaginables en el lugar del planeta que fuera. Al parecer los asiáticos no calificaban para este beneficio. ¿El mal, el bien? ¿La libertad? Como todos, Garibaldi tenía sus criterios personales.

Para el que esté libre de culpas, ahí están las piedras. Y las hay de todos los tamaños.

Sueño en el pabellón rojo

Cuando se toma lo falso por verdadero, lo verdadero se torna falso; cuando de la nada nace el ser, el ser permanece en la nada.

Cao Xueqin

(inscripción que figura en el arco que da acceso a la Tierra de la Ilusión y el Gran Vacío)

—A propósito de piedras —suspiró el cura—, ¿cómo diablos saben al momento de embarcar cuántas piedras deben cargarse en la sentina para hacer de lastre a los difuntos que bajan en el saco de yute al fondo de la mar?

El capitán lo miró desconcertado.

—Padre, si van dieciocho piedras mueren dieciocho. Si vienen seis, pues seis se van pal huerto. ¿Cuál es el misterio?

El cura le devolvió la mirada. Como si entendiera.

Bajo la cubierta, Leo Shin apoyó la cabeza en el cilindro de madera de teca. Todos sus antepasados habían quedado atrás, perdidos en las inextricables jugadas del tiempo, siempre impredecibles, tan parecidas a los vuelcos intempestivos de una partida de mahjong.

Pero al cabo bastaba y sobraba con lo que llevaba de ellos en el calcio de los huesos.

Años más tarde volvería a pensar en todos esos antepasados que venían con él de compañía a esta nueva patria. Porque patria no es más que el lugar donde se puede comer y dormir y cagar y morir cuando le venga a uno la putísima gana.

Es claro que no sabía el chino que nadie puede decir esta es mi patria mientras no tenga un muerto bajo la tierra.

Memorias de una roca

*No hace mucho que se congregaron en este
lugar las reencarnaciones de algunos
amantes de otros tiempos.*

Deja de pensar y termina con tus problemas. Eso lo dijo Lao Tze y no es sabio olvidarlo, pensó el chino mientras bebía con fruición de su pipa una larga bocanada de humo. Se hundió luego lentamente en un sopor tibio, aceitoso, y el cuerpo desapareció para hacerse un hormigueo lejano que apenas le pertenecía.

A duras penas se puso de pie y repitió varias veces: solo y de pie. Ya saben, el precepto ochenta del Tao.

Luego se hundió en un sueño de brisas y hojarascas. Y soñó con el gran huevo negro dentro del cual dormía Pangu, al que algunos llaman P'an Ku.

Al despertar lo había olvidado y se volvió a sumir en otro sueño de jardinerías y desolladeros. De rosas y sabandijas. Lejos, lejos de todo, que era el espacio donde él moraba ahora, allá en los reinos tragados por la bruma.

A fin de cuentas, como nos señala la meditación taoísta del día, las mejores visiones con drogas no han llegado. Una inteligencia que exceda al genio no ha llegado. Una fuerza titánica no ha llegado. Una belleza para atraer amantes no ha llegado. La visita de los dioses no ha llegado. La liberación del cansancio no ha llegado. El fin de las molestias desconcertantes no ha llegado. La gran riqueza no ha llegado. La fama no ha llegado. La comprensión ilimitada de los demás no ha llegado. Los poderes sobrenaturales no han llegado. La habilidad de sanar espontáneamente no ha llegado. El regalo de la profecía no ha llegado.

No ha llegado ninguna de estas cosas.

Pero yo no abandonaré este sendero espiritual, concluye el maestro, torciéndole así el cuello a su catastro de desalientos igual que se hace con el cogote de un ganso.

La tienda de campaña se combó con el viento cuando junto a una ráfaga entró el coronel, deshebillándose el cinto con el sable. Dejó la gorra en la mesilla de lona y se sirvió medio vaso de coñac El Cometa. Por las pampas un tropel de ánimas en pena pasó llorando su clamor de imposible llovizna.

Según Hegel, a los chinos los impulsa una «gran inmoralidad». Para el filósofo germánico, son «conocidos por mentir más que nadie». Culpa de esto al budismo, que a su entender «tiene a la Nada suprema y absoluta

como Dios». En fin. Esa *Nada nihilista* sería la responsable última de la *gran inmoralidad* de los chinos. No estamos muy seguros de que Hegel comprendiera a los chinos. Pero tampoco tenemos buenos argumentos para sostener lo contrario y menos para desmentirlo.

Volvió Leo Shin a tenderse en la esterilla. La lámpara estaba titilando. El cantonés cogió la aguja de platino y ensartó con ella una bolita de opio, que luego medio derritió en la flama antes de acunarla en el hornillo de la pipa.

Acercó luego el fuego de la lámpara a la cazoleta y succionó la boquilla de marfil hasta oírla burbujear y sentir el calor acre entrándole en los bronquios.

Plantíos de amapolas. Atardeceres oxidados.

Alguien dijo que, desde el mar, Shangháí se parece a Brooklyn, hollinada y cruda. Cantón, o Guangzhou, la prefectura ancha, ofrecería desde entre el oleaje la sensación de un ánima dormida. Un fantasma de plata.

Un cuento antiquísimo que ya nadie recuerda.

En eso pensaba Leo Shin, sumido en un sueño ligero. Un sueño de esos dentro de los que se puede pensar, muy tenue. Ya saben, esos sueños de la mañana. Al entrecerrar sus ojos rasgados, parpadeó fugazmente. Tres veces.

El parpadear, visto muy de cerca, nos trajo a la memoria esos días de luz en mitad del invierno que son apenas un destello en la sombra.

Firmar un pedazo de papel puede costarte la vida, pensó. Y entrevió un documento volar en la ventisca y cruzar Changcheng y las incontables dinastías y la cacharrería vuelta tesoros de porcelana y los inspirados escritos de los filósofos. Estaba de pronto prisionero en el Perú, encerrado en una deuda de pasajes y puñados de arroz mal hervidos. Y se vio llorar, hundida la cara en el jergón. De nada servían ya las grandes obras públicas ni los sabios retruécanos de los letrados, ni la larga historia del Imperio milenario que era su orgullo.

Y soñó el culí que leía en un suelto de prensa que había nacido en Cantón en 1850. Y que bajo el nombre de Quintín Quintana lideró un batallón chileno llamado Vulcano en la Guerra del Pacífico, para luego ser secretario del Club Oriental de Santiago. El comunicado, redactado por un corresponsal de apellido Rodríguez, narra que

los culíes suponían que los chilenos los liberarían de su situación de esclavitud, y el ejército chileno a su paso por los distintos valles —Chincha, Cañete, Asia, Mala, Chilca y por último Lurín— fue incorporando a sus filas a los chinos que se fugaban de las haciendas [...]. A pesar que es bastante difícil precisar cifras para estos instantes, hay quien supone que los chilenos llegaron a reunir a cerca de dos mil chinos voluntarios

de los que se habían fugado de las haciendas [...]. Las tropas extranjeras, en su objetivo de tomar Lima, acantonaron en Lurín y en Pachacamac con el afán de recuperar bríos y coordinar con otras divisiones.

Los chinos fugados iban con ellos.

La oficialidad chilena organizó a los asiáticos en el batallón Vulcano. Espontáneo surgió un dirigente chino que adoptó el nombre de Quintín de la Quintana —curiosamente el dueño de la hacienda Huamaní de Ica llevaba similar nombre. Este dirigente reunió a los chinos fugados y en la hacienda San Pedro de Lurín los hizo jurar lealtad [...]. Cuando se dieron las batallas casi sin interrupción de Sangra y Miraflores los voluntarios orientales jugaron importante papel haciendo de guías, actuando de zapadores, de enfermeros, empuñando las armas abandonadas, destruyendo las tapias, y pusieron en todo ello el cariño y la lealtad del voluntario [...]. Por ello, los soldados peruanos guardaron profundo odio a los chinos [...]. Durante el mismo verano de 1881, poco después de las batallas de San Juan y Miraflores, en el valle de Cañete se produjeron desórdenes ocasionados por pobladores pobres de este valle que tuvieron apoyo de montoneros peruanos dirigidos por el coronel Noriega, un triste wudang huevo de tortuga. El detonante fue un hecho circunstancial que generó una pelea entre un chino

y varios negros. Todo indica el uso de esas artimañas de lucha personal reservadas por los chinos solo para sí. Giros en el aire. Uso mortal de los pies volando en círculos. Remolinos letales. El chino mató a tres negros sin usar arma alguna y los otros, con sensatez, se dieron a la fuga. A partir de ese instante la persecución a los amarillos pasó a castaño oscura y fue masiva y por completo fuera de control en todas partes. La turba de negros y cholos persiguió a los chinos y llegó a finar a unos mil de ellos, e incendió los cañaverales de las haciendas una por una. Concluida la guerra, Quintín de la Quintana continuó prestando servicios, esta vez en la policía de Santiago, específicamente en su Sección de Pesquisas, donde llegó a ser un personaje habitual en las redacciones de los periódicos, siempre vestido de levita, guantes, bastón y sombrero de copa.

Sirva este letrero leído en un sueño como ficha. Como expediente sucinto, ya que es todo lo que sabemos del chino hasta ahora.

Resaca de savia de amapolas.

Narración sancocho salida de un wok.

Peste a pólvora.

Eso ahora es la vida, además de marchas forzadas, una tras otra hasta caer rendidos junto a esas jaurías de perros que devoran los cadáveres abandonados en el campo.

Solo queda el consuelo de la noche y sus sueños,
peces dorados en un tanque.

Juncos.

El perfume de los hornos pasteleros.

La paleta de madera sacando vaporosos Nian Gao,
esos dulces de arroz cuyo nombre significa Cada Año
Mejor.

El cono de sombra de las cinco montañas sagradas
cayendo encima del verano sofocante.

Ya lo dijo Li Po: al viento favorable, el navegante de
los mares leva el ancla y emprende un largo viaje. Pronto
se pierde hasta su estela cual pájaro en el cielo. En el azul
del cielo clava sus pabellones el inmenso palacio. Los
dragones de oro escoltan las columnas brillantes como
estrellas. Detrás de la cortina, a medias alzada, festejan
las doncellas al soberano sol. Y todo se va al putísimo
carajo con cada día que pasa, agregaría Leo Shin, sin
darle demasiada importancia.

Al final del día, como todos sabemos, la poesía es
cosa de borrachos.



Preguntas y respuestas

El Pejegallo no dijo una palabra en seis días. Pero le bastó media hora con el inspector oriental para soltar la lengua y hasta algunos en la Oficina de Pesquisas aseguran en El Abanico, frente al Caupolicán, entre risas, que después tuvieron que frisquiarlo para hacerlo callar.

Confesó la muerte de las tres viejas y la de dos que no figuraban en ningún registro ni nadie las buscaba. En menos de una semana al Pejegallo lo sacaron al patio Siberia, donde el pelotón lo zurció con una descarga de Máuser.

Desde ese día la gentuza, los rapaces y malvivientes de todas las raleas convirtieron al Chino de las Pesquisas en un ser mitológico. Cosa parecida hizo la prensa sensacionalista, lo que Leo Shin cultivaba con discreto esmero. Ya saben: soltaba primicias, anticipaba resultado de diligencias antes de llevarlas ante el criterio del juez. Cosas de esa laya. Se hablaba también de la aguja de oro de su prendedor de corbata entrando en los testículos o

bajo las uñas de los prisioneros. Y de la mentada “agua de la verdad” que, puesta en un gran balde lechero, se usaba para sumergir la cabeza de los detenidos hasta ponerlas azules. De un polvo verde se hablaba, que enloquecía al que lo respirara. En fin, era un hechicero con el poder de atormentar hasta a los muertos y hacerles confesar a gritos debajo de la tierra, tal como consignaban los testimonios presenciales, entregados al tribunal por testigos juramentados, en un caso de cierto revuelo relativo a unos pagarés falseados por un difunto. Se trataba, pues, de un misterioso nigromante oriental.

Tras el interrogatorio, el chino se retiró en un fiacré de alquiler rumbo a La Mansión de las Cortinas Echadas, establecimiento del que no se dará en este texto información alguna por respeto a la natural decencia de quien lee. Durante el trayecto diremos que Quintín Quintana se impuso por la prensa de las novedades del ajedrez internacional:

El duelo comenzó con una sorprendente derrota del campeón, con las blancas, pero pronto éste pareció poner las cosas en su sitio. Ganó la tercera partida en gran estilo y luego también la 7^a, con lo que se puso 2 a 1, pero su rival ganó la 11^a y la 12^a partida, y el campeón pareció perder parte de su confianza. A un amigo de Nueva York ya le empezó a hablar

de un nuevo match, sin importar el resultado del que estaba jugando, pero ya no sin límite de juegos, sino solo a 20 partidas. Siguieron nueve tablas y el retador se impuso en la 21ª, con lo que se colocó 4 a 2, lo que muchos comentaristas creyeron que casi decidió el match.

Firmaba el comentario Gregorio Halcón Lagar, seudónimo de un viejo conocido de Leo Shin en las tertulias de El Abanico, en redacciones de diario y en toda laya de mentideros capitalinos.

—Comentario copiado por Aparicio Manley de un diario norteamericano —masculló el chino, levantando la mirada del periódico—. Esto es de Harry Jones, de *El Herald*. O de Harvey Montecasino, del *San Francisco Examiner*.

Ni cronometrado el tiempo de lectura hubiese sido más exacto. Concluida la lectura de la nota del periódico, levantó el chino los ojos justo ante el portón de hierro forjado que se abrió a un leve gesto del cochero sentado en el pescante.

